

COMUNIDAD, AGORA, BARRIO: PILARES DEL LEVANTAMIENTO INDÍGENA – POPULAR¹

Francisco Hidalgo Flor²

Docente, Universidad Central del Ecuador
fjhidalgo@uce.edu.ec

La magnitud e intensidad de la revuelta indígena – popular por la derogatoria de las medidas que llevaron a la elevación del precio de las gasolinas y del transporte público, sorprendió a todos, en primer lugar, a las élites gobernantes, que habían calculado una tibia y “manejable” respuesta desde las clases populares, y también a los sectores populares de la ciudad y del campo que se iban reconociendo en la creciente masividad y fortaleza de las movilizaciones.

Esa sorpresa y amplitud de la protesta, que llegó a copar buena parte del país, especialmente en la región andina del Ecuador, al punto de poner en cuestión la estabilidad del propio régimen de Moreno, fue la que obligó a que las clases dominantes, a regañadientes, se hayan visto obligadas a retroceder y echar abajo las medidas.

La revuelta indígena popular de Octubre es un acontecimiento aún en movimiento, por ejemplo, al momento de escribir este artículo se ha instalado un parlamento popular bajo iniciativa de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador – Conaie para discutir las propuestas de los movimientos sociales, mientras que el gobierno ha presentado una nueva ley tributaria, y reabre las reuniones alrededor de la reforma laboral.

Este levantamiento social, que “golpeó el tablero” del continuum de la transición del retorno neoliberal, marca una presencia fortalecida de las reivindicaciones populares, y tiene la virtud de evidenciar la multiplicidad de las resistencias, se hacen presentes los marginados, los excluidos, ante los impactos de más de una década de modernización capitalista.

^{1/} Ponencia presentada en el XV Seminario Internacional Gramsci – Bogotá noviembre 2019, Universidad Nacional de Colombia

^{2/} Sociólogo, docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central del Ecuador; investigador del Sistema de Investigación sobre la Problemática Agraria del Ecuador.

Levantamiento indígena y organización comunitaria de base

Con frecuencia la potencialidad y masividad de levantamientos y revueltas populares son acontecimientos inesperados, que sorprenden porque rompen la dinámica regular y procedimental de los niveles institucionales del poder, sus evoluciones no se presentan a simple vista, en la epidermis del quehacer político y social, sino que son “corrientes subterráneas” que se mueven por los intersticios de las sociedades subalternas, pasan desapercibidas ante las miradas de las élites. Y de pronto irrumpen, sacuden con toda su potencia y diversidad, es un magma social contenido que se expresa con potencia, coraje e intensidad; en ocasiones deslumbra y asusta.

Estos acontecimientos de octubre tienen dos vertientes principales: el levantamiento indígena, cuya base es eminentemente rural, y las revueltas populares desde distintos sectores, tanto el obrero como la emergencia de movimientos de jóvenes excluidos, marginados, y abarcó las provincias y sacudió al centro del poder político.

La columna vertebral y articuladora de la revuelta fue el levantamiento indígena, cuyas dinámicas contemporáneas ya quedaron esbozadas en aquel levantamiento del inti

– Raymi en 1990, repitió e enriqueció en el levantamiento que derrocó al gobierno de Mahuad en el 2001, tuvo expresiones menores durante la década de Correa, por ejemplo la “Marcha por la vida y por el agua” del 2012, y volvió en toda su dimensión en este octubre de 2019.

Al estudiar los levantamientos indígenas contemporáneos, de 1990 a 2019, uno pudiera quedarse en los acontecimientos de mayor impacto, por ejemplo la toma del edificio de la Asamblea Nacional (el poder legislativo), pero su esencia está en las bases del movimiento, en la persistencia de la estructura comunitaria dentro de los pueblos y nacionalidades indígenas, junto a ello la red de organizaciones territoriales en las regiones rurales, junto a ello, a la par en momentos de levantamiento, la capacidad del movimiento indígena de despetar, de desencadenar la solidaridad y apoyo de las clases populares e instituciones humanitarias en los centros urbanos.

Lo notable es esa persistencia de la organización comunitaria de base en el conjunto del movimiento indígena, no solo en aquel ubicado en las regiones alejadas de la amazonia, sino en regiones donde se presenta un claro avance capitalista y con impactos de crecimiento urbano, como Cayambe con la

florícolas, o Cotopaxi con florícolas y brocoleras; o quizás este asedio capitalista es uno de los motivos para una mayor agudización de la protesta. Una de las novedades de este levantamiento del 2019 fue que en las marchas rurales se registraron intervenciones sobre instalaciones agroindustriales de flores y de brócoli.

La dinámica comunitaria organiza la vida social y política de la población indígena, por ejemplo alrededor de asuntos como la gestión del agua y los canales hídricos, ahora más importantes que antes por la situación de cambio climático; la gestión y gobernanza del territorio, como controles respecto de compra – venta de parcelas, ante el asedio de la expansión urbana; la producción y comercialización agropecuaria, que implica mercados locales y en algunos casos la experimentación de producción agroecológica; los intercambios con territorios vecinos y con nuevos espacios; la relación entre las nuevas y las viejas generaciones de la comunidad; y sin lugar a dudas la comunidad organiza los tiempos de fiestas, por ejemplo, el inty Raymi. Hay que destacar el rol protagónico que desempeña la mujer en la permanencia de esta forma de organización.

Esta dinámica comunitaria adquiere ritmos y colores distintos cuando se decide a participar en un levantamiento indígena; no siempre eso acontece. Habido casos, del 90 para acá, en que las direcciones nacionales plantearon levantamientos y no tuvieron eco en las bases.

Pero en octubre de 2019 esa conexión si se generó, si conectó, y fue masiva: las comunidades indígenas se movilizaron tanto en sus territorios como en los desplazamientos de contingentes hacia la capital, en algunos casos llegaron a desplegar relevos para sostener la lucha.

Junto a la estructura comunitaria está la red de organizaciones territoriales o de segundo grado, al cual confluyen las comunidades, que permite articulaciones de mayor nivel, pero también es la vía de relacionamiento con los poderes locales: municipios y oficinas de los ministerios. En algunos casos representantes suyos son parte de gobiernos de nivel cantonal o provincial.

Una cuestión interesante es que en este nivel se gestionan procesos de capacitación y de formación política, es aquí donde se procesa el discurso que se transmite a las comunidades.

Cuando acontecen los levantamientos indígenas su dinámica se potencia o se restringe de acuerdo con el grado de involucramiento de estas organizaciones territoriales.

En octubre de 2019 el involucramiento de estas estructuras de segundo grado fue fuerte y decidido, en el nivel de la movilización y también en renovar la dirección e incidir en los ritmos del proceso de lucha y de negociación.

Hemos destacado estos dos niveles: comunidad y organización territorial para intentar entender las dinámicas internas de los levantamientos indígenas.

Esto no es exclusivo de la Conaie, también está presente en las otras organizaciones nacionales indígenas, en especial en sus estructuras de región andina y amazónica, como es la Federación Ecuatoriana de Indígenas Evangélicos – Feine, y la Federación Ecuatoriana de Organizaciones Campesinas, Indígenas y Negras – Fenocin.

Uno de los factores para explicar la dimensión que alcanzó el levantamiento del 2019 es que estas tres federaciones nacionales participaron juntas, como pocas veces antes se había visto.

El otro factor que habíamos mencionado es la solidaridad y apoyo

que alrededor de los levantamientos se despliega en las ciudades, especialmente en Quito; esto es vital para que puedan sostenerse.

Se trata, por un lado, de los espacios para las asambleas y el debate social y político, ese centro poco a poco fue girando alrededor del Ágora de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, su entorno conocido como el “parque del arbolito”, y de otro, los espacios de acogida, de alimentación, descanso y comunicación, que poco a poco se fue desplegando alrededor de las universidades: Salesiana, Central, Católica.

A lo largo de los diez días del levantamiento el espacio en el cual se entretendió la información, el debate y la síntesis del proceso y las propuestas políticas fue el Ágora, allí emergieron los oradores indígenas y se evidenciaron nuevos liderazgos, se realizó el sepelio a los caídos en la lucha popular, se conocieron los detalles y resoluciones del diálogo con el gobierno. Al Ágora también concurren y se expresan las otras organizaciones populares: los barrios, los sindicatos, los gremios estudiantiles.

Una especificidad geográfica de Quito es que Ágora y Universidades confluyen en un espacio relativamente cercano, el centro norte de la ciudad, estos puntos del eje

del debate y orientación político y los puntos de albergue y refugio.

Los centros de albergue y refugio son sostenidos por estudiantes y docentes de las universidades y se acopia donaciones de apoyo que provienen desde distintos sectores de la ciudad.

En estos espacios se combate el racismo, las culturas coloniales, se construye tejido social solidario, común, auténtico humanismo.

Revuelta popular en las ciudades y los excluidos de la modernidad

Sostenemos que en la lucha popular contra el alza de los combustibles y las tarifas de transporte público se articularon al menos dos procesos, el uno más orgánico, el levantamiento indígena, y el otro un poco más espontáneo, la revuelta en los barrios populares, especialmente en Quito, hay que añadir a ellos la protesta desde los sindicatos obreros, agrupados en torno al Frente Unitario de los Trabajadores – FUT.

Cuando se desatan estos procesos de luchas populares: levantamiento, huelga, revuelta o un franco nivel de rebelión, los acontecimientos suelen desenvolverse con un ritmo vertiginoso y en ciertos momentos incontrolables, son energías sociales de descontento,

rebeldía, ira, constreñidos, que encuentran la situación propicia, o inesperada, que les permite emerger, expresarse, adquirir protagonismo político.

En ciertos niveles puede ser conciencia social más coraje, en otros simplemente indignación ante unas condiciones estructurales de opresión. Una sociedad y una economía que no te dan opciones, que te condenan a la explotación o a la marginalidad

De inicios de los dos mil para acá la ciudad de Quito creció incontrolablemente, al punto de convertirse en la más poblada, incluso superando a Guayaquil.

Quito, sede de las instituciones estatales, con el crecimiento del aparato público como el motor de la economía, con las empresas financieras más boyantes del país, luego de la quiebra de los bancos de la región litoral, con centros de educación consolidados, incrementó notablemente la migración interna, no solo desde los puntos cercanos de la región sierra, sino también de la costa; pero a partir de la crisis del estado, con la caída del precio de las materias primas, 2015 – 2016, y luego con el achicamiento del aparato gubernamental, como producto del retorno neoliberal, en el régimen de Moreno, 2017 – 2019, su incapacidad

de cubrir a la población creciente se agudizó.

El proyecto de modernización capitalista vía estatal, que fue la esencia de la acción gubernamental de Correa, 2007 – 2017, potenció una capa social tecnocrática y colocó como divisa la meritocracia, y promovió los centros de consumo para los sectores medios y altos, pero castigo a los sectores sociales, especialmente jóvenes, que no alcanzaban los estándares de eficiencia y eficacia que el modelo demandaba.

Añadamos que estamos ante un fenómeno de crecimiento urbano sin crecimiento industrial, las fuentes de trabajo son el estado o los servicios, en condiciones cada vez más flexibilizadas.

Los voceros de neoliberalismo demandan a gritos e insistentemente por el achicamiento del estado, al que califican de obeso, lo cual implica la desocupación de aquellos que antes se encontraban enroscados en las instituciones gubernamentales.

Un ejemplo de ello fueron el retorno de los exámenes de ingreso para acceder a la universidad pública, con rangos altos, quienes pasaban esos filtros son los exitosos, pero quienes quedan relegados por esos filtros son los fracasados, sin futuro.

Estas capas sociales estaban siendo colocadas hacia los márgenes, las periferias, y la ciudad se tornaba en un hervidero que estalló con motivo de la revuelta popular contra el alza de los combustibles.

Estaba presente la solidaridad con el levantamiento indígena, pero cada vez se hicieron presentes grupos de jóvenes que expresaban esa ira contra un sistema que los condena hacia la exclusión. Por eso arremetieron reiteradamente contra los símbolos de poder estatal y del consumismo.

Esta revuelta de los barrios y de los excluidos se expresó especialmente en los últimos días del levantamiento, en las barricadas colocadas en las zonas, centro y sur de la ciudad, de allí provino buena parte de los detenidos y heridos de los enfrentamientos.

La masividad de esta protesta de los barrios se expresó en los cacerolazos nocturnos del viernes 11 y sábado 12 de octubre, que se generalizó a lo largo y ancho de la ciudad.

Pero no fue solo Quito, también situaciones similares, aunque de menor dimensión, se expresó en otras ciudades, especialmente del callejón interandino: Ibarra, Otavalo, Latacunga, Ambato, Riobamba, Cuenca.

Finalmente es necesario reseñar la importancia de otro actor social, que jugó un papel trascendental en el debate previo al paquete de medidas y desenmascarar su contenido esencial, ese es el movimiento obrero, en particular el Frente Unitario de Trabajadores.

Los sindicatos plantearon desde meses anteriores al levantamiento indígena, la necesidad de una huelga nacional para proteger los derechos sindicales en juego: estabilidad de los trabajadores, jornada laboral de 40 horas, derecho a la organización, respeto al salario mínimo vital.

En esta fase hubo una activación de los debates en los gremios de trabajadores, públicos y privados, pues desde inicios del 2018 se incrementaron los despidos en las instituciones gubernamentales, luego los diversos intentos por ir implantando la flexibilización laboral y recientemente los debates sobre la reforma laboral, desenmascarando su carácter de retroceso en derechos.

Momentos y ritmo de la revuelta indígena - popular

Los acontecimientos de lucha social de masas no son lineales, presentan a su interior diversas fases y ritmos, que los potencian o debilitan, en el caso de la revuelta

indígena – popular tuvo ritmos rápidos y hubo acontecimientos que la potenciaron y ampliaron.

Ubicamos tres momentos que marcaron el ritmo de los acontecimientos: i) inicio el 3 de octubre con el paro a nivel nacional de los transportistas tanto de pasajeros, de carga y taxis contra la eliminación del subsidio a gasolinas y diesel, para fines del día 4 de octubre este paro se suspendía por acuerdos con el gobierno, que a su vez fijaba elevación en las tarifas del transporte; casi de inmediato el 5 de octubre la Conaie anuncia la convocatoria a levantamiento indígena demandando la derogatoria del decreto 883, se presentan cortes de vías en provincias de la región andina y amazónica; ii) el 7 de octubre inician las marchas desde provincias hacia la capital y van accediendo al punto de encuentro, el Ágora de la Casa de la Cultura y el “parque del Arbolito”, las filas se engrosan el 8 de octubre, huelga nacional el 9 de octubre presencia del movimiento obrero, se van haciendo presentes los barrios, el día 10 se intensifica la lucha alrededor del punto de concentración y se expande a los barrios; iii) el 11 adquiere el punto de mayor conflictividad, grupos infiltrados atacan el edificio de la Contraloría; el 12 se abre la negociación, se transmite vía canales de televisión

la sesión en la cual intervienen el gobierno y las organizaciones indígenas.

Sin lugar a dudas uno de los puntos a destacar fue esa transmisión en vivo de la reunión primera de diálogo, colocados frente a frente, en igualdad de condiciones, Moreno y su gabinete, ante la dirigencia nacional y provincial indígena, y la capacidad que los líderes sociales mostraron.

Ante el reajuste extractivista emerge el derecho a la resistencia

Así como la elevación del precio de gasolinas y diesel fue “la gota que colmó el vaso” de la indignación popular, el desencadenante de la protesta contenida frente a años de una crisis económica. De igual manera esta elevación, cuya lógica es avanzar hacia la progresiva eliminación de los subsidios estatales a favor de los sectores populares, es solo la “punta del iceberg” del reajuste neoliberal y la imposición de un patrón de acumulación que coloca como locomotora de la economía al extractivismo.

La esencia del programa económico en movimiento es garantizar las condiciones estructurales para la recuperación de la tasa de ganancia del capital transnacional y local

por la vía de montar un conjunto de políticas y legislación que garanticen la rentabilidad sobre la base de la flexibilización laboral, la protección a la inversión privada en la minería y petróleos, la reducción de la tributación sobre la repatriación de las ganancias y retornar a los mecanismos de arbitraje internacional que protegen a las multinacionales.

Las clases dominantes quieren que este “gobierno de transición” complete la tarea, realice el reajuste laboral, tributario y minero, para avanzar aceleradamente en “recuperar el terreno perdido”; en la mentalidad de los neoliberales, el Ecuador tiene un “retraso de más de dos décadas” frente a las estrategias regionales de inserción en la globalización.

Su respuesta actual es calificar como “intento de golpe de estado”, y lo que es más grave, toma medidas para una escalada represiva, a nombre de “amenaza insurreccional”; pareciera ser que cobran protagonismo los partidarios de una vía autoritaria para imponer el patrón de acumulación extractivista.

El gris de la transición y el retorno neoliberal, lleno de frases hechas y docilidad ante el gran capital ha quedado mermado, débil, y en el horizonte cobra fortaleza y vitali-

dad el multicolor de la wipala indígena y de la ira de los y las excluidos.

Es probable que los halcones de la derecha intenten agudizar una línea represiva, desempolvar los

manuales de la seguridad nacional, pero el protagonismo social no podrá ser acallado y demanda el reconocimiento de la diversidad y de la justicia, recuperar sus derechos, para ello apela a uno fundamental: el derecho a la resistencia.